



Carlos Ruiz-Tagle (ya) de memoria

No estuve en los funerales de Carlos Ruiz-Tagle. Me escuso argumentando que no me hallaba preparado. Todo fue tan de repente. En la mañana del lunes vi su nombre en la columna de las crónicas. A las tres de la tarde del mismo día le decían una misa y luego lo sepultaban. Miguel Ariochi, Guillermo Blanco, Armando Uribe Arce y varios otros de su tiempo lo conocieron más a fondo. Mi versión en el manejo de su asunto es insegura. Leyéndolo, sentí en él una intensidad cordial. Esta cordialidad, precisamente, sorprendió como por contagio a González Vera. En la hora del cambio de opiniones, la risa y el humor parecían perder el paso. No cacajábamos. Recuerdo que en la Academia Chilena de la Lengua lo nombraron secretario de actas. Redactó las actas más originales de que haya recuerdo en la Academia. El estilo de Carlos Ruiz-Tagle, hombre de notoria hebra festiva, se impuso a la función del amanuense. No escribía en sus actas que "en la sesión tal o cual se tomaron los siguientes acuerdos", sino que "en la sesión tal o cual el ilustre académico don Asclepiodoto Cabezaón se levantó con ciertas dificultades de su asiento para apostillar las expresiones vertidas por el colega don Ebaigro Colodrillo, que, al oír las palabras de Cabezaón, no pudo reprimir un rictus de amargura". Dichas actas constituyeron una revelación para las resacas costumbristas académicas. En realidad, en Carlos Ruiz-Tagle daba la impresión de repetirse el fenómeno de Aitorín como cronista de la vida parlamentaria española de los comienzos de siglo. Esas actas, recogidas hoy, podrían incrementar decorosamente el capítulo de las obras inéditas de Ruiz-Tagle.

No iba a durar mucho, sin embargo, la fiesta. Alguien, acaso el venerable Asclepiodoto Cabezaón?, puso el grito en el cielo. Emitió una crítica que acabaría por considerarse la Misa: "No son actas; son más bien caricaturas de mano maestra. Don Carlos debería dejar estas efusiones para sus libros. Aquí

no es él, sino la Academia «quien» caricaturiza".

Una de esas semblanzas jocosas le provocó un mal rato a Carlos Ruiz-Tagle. Le formulé un alcance entreverado de burlas. Me contestó sobre la marcha que mi intervención resultaba "estúpida". El adjetivo resonó con fuerza en el templo del idioma. Pensé que Carlos Ruiz-Tagle se había dejado arrastrar, contra su voluntad, por la pasión que en ocasiones tomaba sanguíneo su rostro de compañero respetuoso, ocurrente y bueno. En no pocas oportunidades, mientras fui asistente más o regular de las sesiones académicas, en la callecita Almirante Montt nos explayamos cómodamente sobre algunos perfiles de la institución en aquellos tiempos. Cuando este año, en el mes de junio, con motivo del aniversario de la muerte de Carlos Gardel, nos reunimos en la Biblioteca Nacional unos cuantos "amateurs" del tangüero arrabalerco, estuve lícito interrogar a Ruiz-Tagle, por supuesto que en privado, acerca de su visión presente de algunos de esos personajes. Lo encontré muy trasninado de indulgencia. Ya no hacía blanco de sus flechas a colegas de tantas jornadas.

Fue la última vez que vi a Ruiz-Tagle. No imaginé jamás lo que sobrevendría, pues allí mismo hablamos de otros que vivían momentos precarios. Ahora, que se ha ido, me viene a mi mente que su amistad con el cuentista y novelista Pablo García representó a menudo una página de humor por las formas extremas de timidez que ambos sustentaban en la peculiaridad de sus caracteres. Pablo García, que pretendía ignorar la presencia del mundo en plena calle, admiraba la "sociabilidad espontánea" de Carlos Ruiz-Tagle en este campo. Si hemos de ser justos, tendremos que reconocer en Ruiz-Tagle una insoslayable tendencia a la agorafobia. Ni orador ni maquinador de masas. Su conversación se hacía a golpes de escoplo y de frases cortas que sabían a retruécanos. Su conducta estaba sometida al don de lo impre-

sible. Ignoraba uno con qué humorada coloquial llegaría a festejarlo de improviso el genio de Ruiz-Tagle. Verlo enojado o preocupado despertaba la sensación de acabo de mundo.

Escribió anecdotarios. Le gustaban los relatos cortos y nada campanudos. Formó parte de una rica tradición de humoristas en un país cuyas humoradas parecen cuentos: Vicente Pérez Rosales, Pedro Ruiz Aldas, Manuel J. Ortiz, Joaquín Díaz García, Ernesto Montecillgro, Jenaro Prieto, José Santos González Vera, Enrique Araya, Carlos León, Juan Tejeda, Nicanor Parra.

Dirigió el museo Benjamín Vicuña Mackenna por más de diez años. En ese puesto lo nombró Enrique Campos Menéndez contra el cual combatimos a brazo partido en la Academia de la Lengua. En los funerales, según se me dijo, Enrique Campos Menéndez, hijo de los Campos de Málaga, ocupaba un lugar de primera fila. También oí decir o leer en la prensa que faltó en el ocumenismo el discurso de las autoridades educacionales para el alto funcionario de mérito. En el ámbito de la cultura flota la idea de que inopinados y recientes sobrelitos administrativos apuraron el fin de Carlos Ruiz-Tagle, a quien veo siempre joven, nervioso de manos y pronto a mimetizarse con los muebles de cualquier lugar habitado ante el asedio de la gente.

En verdad, lo conocí poco. Me habría agradado tener de su amistad la experiencia admirable que adquirió de ella su compañero de colegio José Miguel Ibáñez Langlois.

"EL CORAZÓN Y SU JAULA"

Algunos no lo creen: "El corazón y su jaula". Pero no se trata del mundo común y corriente; se trata de poesía. Hay la idea de que la poesía, con sus reñones estrictos, constriñe, limita. Al revés, el poeta se provee de una especie de licencia para viajar por todos los espacios de la imaginación. Un día, Neruda resumió sus experiencias en



El estilo de Carlos Ruiz-Tagle, hombre de notoria hebra festiva, se impuso a la función del amanuense.

una isla bajo el título de "El habitante y su esperanza". Vicente Huidobro se describió más tarde como "El ciudadano del olvido". Entre los don, Humberto Díaz Casanueva, hoy candidato al Premio Cervantes, se consideró nada menos que "El aventurero de Saba".

Raúl González Figueroa, autor de obras como "Raíz de la espera", "Fuego vivo", "Noche sin estrellas" y otras, dice en su libro recién publicado, "El corazón y su jaula" (ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, Santiago, 1991), que cuando entra en el templo de un poema, los ojos se le llenan al principio de palabras. Estas lo invaden, le pican los ojos hasta quemarse en el fondo del corazón. Conviene comentar: ¿Y a quién no? Habrá que despreciar radicalmente la poesía para no comprender que la metáfora guía la existencia del poeta. A buen entendedor, pocas palabras. El registro de Raúl González Figueroa se enriquece día tras día con la magia de los vocablos convertidos en emociones. Verdaderas.

Filebo

Carlos Ruiz-Tagle (ya) de memoria [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Ruiz-Tagle (ya) de memoria [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile